

community

The New Apostolic Church around the world

04/2026/ES

Cristo, la cabeza de la Iglesia

Editorial

La puerta abierta al cielo

Servicio Divino

El cuerpo de Cristo:
unidad en la diversidad

Doctrina

Más que un ritual:
la Santa Cena

New Apostolic Church
International



■ Editorial

- 3 La puerta abierta al cielo

■ Servicio Divino

- 4 El cuerpo de Cristo:
unidad en la diversidad

■ De visita a Europa

- 10 Gólgota: lugar de decisión

■ De visita a Europa

- 12 En la mesa de Dios aún
hay lugar

■ De visita a África

- 14 El problema no es caerse,
sino quedarse tirado

■ El rincón de los niños

- 16 El eunuco de Etiopía
18 Con Ruslan en Almaty
(Kazajistán)

■ Doctrina

- 20 Más que un ritual:
la Santa Cena

■ Noticias de todo el mundo

- 24 Es momento de reflexionar
sobre Pentecostés
28 Quien quiera dirigir la
Iglesia debe amar a Cristo
30 Una Iglesia en la que todos
se sientan amados

La puerta abierta al cielo

Amados hermanos y hermanas:

¿Cómo se llega al cielo? No es una pregunta teórica, sino una muy concreta: ¿qué nos lleva a la comunión con Dios y qué nos deja fuera de ella? Un aspecto de la parábola del hijo pródigo nos ofrece una perspectiva interesante.

El hijo pródigo regresa y le pide perdón al padre. Este le da una túnica nueva, un anillo y calzado nuevo: “Mi hijo se había perdido, y ha sido hallado”. Se celebra una gran fiesta: hay comunión entre padre e hijo, comunión de todos los presentes, unidad en toda la diversidad. Una comunión perfecta de amor. Y entonces surge la pregunta: ¿cómo se puede ingresar a esta fiesta?

Para comprender cómo no se ingresa, fijémonos en el hijo mayor. Le fue dicho: “Tu hermano ha venido”. Se enojó y se quedó afuera. El padre incluso salió a buscarle y lo invitó a entrar. La puerta estaba abierta. Pero él no quiso entrar para nada.

En una conversación posterior entre el padre y el hijo, quedó en claro que el hijo mayor estaba ofendido, atrapado en el orgullo y la contienda.

Aquí reconocemos que no es el padre quien bloquea el camino hacia la fiesta. Es el propio hijo mayor quien se queda afuera, detenido por el resentimiento, las comparaciones

y pretensiones. La puerta está abierta, la invitación sigue vigente, el camino está libre. Pero solo puede entrar quien esté dispuesto a hacer a un lado su propia actitud.

Así nos invita Dios también a nosotros: No te quedes afuera. Deja atrás lo que te separa: las diferencias, el orgullo, el estar ofendido. Entra en la comunión que Dios nos regala. La puerta está abierta.

Con cordial afecto,

Vuestro,



Helge Mutschler



Foto: INAI

El cuerpo de Cristo: unidad en la diversidad



Fotos: INA África del Sur

Domingo de Pentecostés, 24 de mayo de 2026 en Ciudad del Cabo (África del Sur)

1 Corintios 12:13

Porque por un solo espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio de beber de un mismo Espíritu.

Mis amados hermanos y hermanas, en Pentecostés conmemoramos el derramamiento del Espíritu Santo. Pero es más que una simple conmemoración. Damos gracias y alabamos a Dios por este derramamiento del Espíritu Santo. Gracias a eso podemos experimentar ahora, aquí y ahora, la presencia del Señor entre nosotros. Porque el Espíritu Santo obra en la tierra, obra en su Iglesia y podemos experimentar que el Señor está realmente presente. No está lejos. Está entre nosotros. Podemos oírlo. Podemos sentir su amor. Podemos experimentar su cercanía. Gracias, Dios todopoderoso, por haber enviado tu Espíritu a la tierra. También confesamos nuestra fe. Creemos en la Iglesia de Cristo. Esa es nuestra fe. Por lo tanto, cuando hablamos de

la Iglesia de Cristo, cuando nuestra Confesión de fe habla de la Iglesia, no nos referimos a la Iglesia Nueva Apostólica como una organización religiosa creada por los seres humanos. Nos referimos a la Iglesia de Cristo, que es obra del Espíritu Santo. Es algo sagrado, algo perfecto, creado por el Espíritu Santo. Esta Iglesia de Cristo es la congregación de los creyentes bautizados —ya lo sabemos—, que siguen a Cristo y lo confiesan como su Señor. ¡Podría pasar media hora hablando solo de esta frase! Los creyentes bautizados que siguen al Señor y lo confiesan como tal. Esa es la Iglesia de Cristo. Para describirlo —pues es un poco difícil de entender, es muy teológico—, Pablo utiliza una imagen, una que todos pueden comprender: la imagen del cuerpo de Cristo. Él dice: sí, Cristo está en el cielo. La Iglesia es su cuerpo en la tierra. Así que es fácil de imaginar. La cabeza, Cristo, está en el cielo. Su cuerpo está en la tierra.

Y así, Cristo sigue obrando en la tierra a través de su cuerpo. La cabeza está en el cielo, pero Él continúa su obrar de salvación a través del cuerpo. No se ha detenido para decir: “Bien, he cumplido mi obra, he terminado, vuelvo al Padre, seguid vosotros”. No, Él continúa, porque sigue estando presente a través de su Espíritu. Sigue con su obra, con lo que hacía cuando estaba en la tierra. La lleva a cabo a través de su cuerpo en la tierra. ¿Qué hizo Jesús cuando estaba en la tierra? Reveló la naturaleza de Dios. Anunció su amor. Anunció su voluntad, su poder, su plan de salvación. Eso fue lo primero que hizo cuando estuvo en la tierra. Y luego llamó a los pecadores al arrepentimiento y los invitó a seguirlo. Ese fue el segundo punto. También se preocupó por los pobres, por los enfermos, por los necesitados. Y los ayudó. Quería ayudarlos, liberarlos de su sufrimiento. También se acercó a los pecadores y les mostró: “Eres pecador, pero Dios te ama”. Les mostró que Dios los ama, e intercedió por ellos. Incluso por aquellos que no se arrepintieron. Los amó, les mostró que Dios los ama e intercedió por ellos. Y, por último, el quinto punto: reunió a los suyos, a sus discípulos. Quería que fueran uno. Ese fue el obrar de Jesucristo cuando estuvo en la tierra.

Ahora está en el cielo, pero continúa su obra en la tierra. Continúa su obra de salvación a través de su cuerpo, a través de la congregación de creyentes que siguen a Cristo y lo confiesan como su Señor. ¿Y esta Iglesia? Somos nosotros. Es nuestra tarea llevar a cabo la obra que Jesús realizó cuando estuvo en la tierra. Hoy, aquí, en este lugar, donde vivimos. Así se puede experimentar el obrar de salvación de

Jesucristo en la tierra, a través de su cuerpo, a través de la Iglesia. Y debemos velar por que las personas se den cuenta de que este obrar salvífico está teniendo lugar. Transmitiremos el amor de Dios a las personas. Y les hacemos una exhortación: “Convertíos, seguid a Cristo,

por favor”. Intentamos ayudar a quienes sufren. Intentamos ayudar a los enfermos y consolarlos. Queremos que los pecadores sepan: Dios te ama, aunque seas pecador. Y aunque no creas, aunque no te conviertas, oramos por tu salvación. Seguimos con la obra de Jesucristo. Contribuimos a la unidad de los suyos, de su pueblo. Ese es el cuerpo de Cristo. Esa es su misión.

Este cuerpo está en la tierra, al igual que Jesucristo estuvo en la tierra. Eso implica que hay otro significado más por detrás. Significa que el cuerpo de Cristo, es decir, no-

La cabeza, Cristo, está en el cielo. Su cuerpo está en la tierra.





sotros, vivimos las mismas experiencias que vivió Jesús en la tierra. Y recordad: al leer el Evangelio, a veces parece que Jesucristo era muy poderoso. Realizó grandes milagros. Y tuvo mucho éxito. Cientos, miles de personas lo seguían y lo escuchaban. Muy poderoso. Era respetado, admirado. Pero luego, en otros lugares o en otros momentos, parecía extremadamente débil. Era criticado. Era rechazado. Era abandonado. Nadie lo seguía. Incluso sus discípulos se fueron. Y ni siquiera fue capaz de defenderse a sí mismo. En algunos lugares, en ciertos momentos, era muy fuerte. En otros días, en otros lugares, muy débil. Pero todos sabemos que, en realidad, era absolutamente fuerte. No obstante, su fuerza no residía en el número de milagros que realizaba. Tampoco residía en la cantidad de sus discípulos. ¿Cuál era su fuerza? Su fuerza era su amor a Dios. Su fidelidad a Dios. Su obediencia. Y esa obediencia, esa fidelidad, ese amor le permitieron resucitar de entre los muertos y entrar en el reino de Dios.

Esa era su fuerza. Mirad al cuerpo de Cristo hoy, la Iglesia de Cristo. Insisto, no se trata de la Iglesia Nueva Apostólica como organización. Se trata de los creyentes, de la Obra de la Redención. A veces, en algunos lugares, parece ser extremadamente fuerte. Pensad en el pasado, en un desarrollo maravilloso. Miles y miles de Santos Sellamientos al año. Una explosión en el número de miembros. En algunos

países, muchos miembros. La Iglesia Nueva Apostólica es respetada. La fe cristiana es respetada. Los cristianos son respetados. Y tienen mucha influencia en la sociedad. Oh, parece muy fuerte. En otros momentos y en otros lugares,

la Iglesia de Cristo —o lo que podemos ver de ella— parece ser extremadamente débil. Sin éxito. La gente ya no se interesa por el Evangelio. En algunos lugares se persigue a las personas, a los cristianos, solo por creer en Cristo y seguirlo. Siempre la misma historia. A veces, en algunos lugares, parece muy débil; en otros, muy fuerte. Pero la

verdadera fuerza no es la influencia, no es el número de miembros, no es el dinero. La fuerza de la verdadera Iglesia de Cristo, la fuerza de los creyentes que confiesan a Cristo como su Señor, es su fidelidad, es su amor a Cristo, es su obediencia. Y como siguen a Cristo hasta el final, como permanecen fieles, como respetan la ley de Cristo —ama a Dios y a tu prójimo—, experimentarán la resurrección. Esa es su fuerza. De hecho, la misión de los Apóstoles, la misión del apostolado en todo el mundo no consiste simplemente en aumentar el número de miembros de nuestra Iglesia. No consiste en convertirnos en los más ricos. Que se diga “¡vaya, qué ricos son!”. Tampoco consiste en convertirnos en los más influyentes. La misión de los Apóstoles es enseñar a los creyentes a seguir el Evangelio. A hacer lo que Jesús nos ha encomendado. Esa es la verdadera misión del apostolado. Una vez más, la fuerza de la Iglesia de Cristo

La misión de los Apóstoles es enseñar a los creyentes a seguir el Evangelio



no reside en el número de miembros, en la riqueza económica, en la influencia en el mundo, en la participación, ni en nada de eso. Y la fuerza del apostolado no reside en su éxito. Se trata de amor, fe y obediencia. El apostolado ha sido enviado para enseñarnos a cumplir la voluntad de Dios. Por eso dice Pablo que Cristo es la cabeza del cuerpo, pues es la cabeza la que decide lo que el cuerpo debe hacer. Las decisiones las toma Jesucristo y eso tiene consecuencias muy importantes para el cuerpo de Cristo, para la Iglesia de Cristo. La verdadera Iglesia de Cristo debe cumplir la voluntad de Jesucristo. Jesús vino y dijo: “Vengo a daros la vida eterna. Mi reino no es de este mundo”. Lo dijo muy claramente. Lamentablemente, muchos cristianos lo han olvidado. Lo digo muy en serio. Nadie puede pretender gobernar o dominar un país en nombre de Jesucristo. Na-

die puede pretender ir a la guerra en nombre de Jesucristo. Nadie. Nadie puede utilizar el Evangelio de Jesucristo para justificar la violencia y el odio. Quiero dejarlo muy en claro, porque vivimos en una época en la que la gente confunde las cosas. La cabeza de la Iglesia de Cristo, es Cristo. Él decide lo que sucederá, lo que debe hacer la Iglesia de Cristo. Y dijo: “Mi reino no es de este mundo”. No se puede gobernar en nombre de Cristo. No se puede ir a la guerra y pretender que Jesús te ha enviado. Y no se puede justificar la guerra, la violencia y el odio con el Evangelio. Ese es un punto.

El segundo punto. Hay muchos cristianos que quieren utilizar el Evangelio para hacerse ricos. Conocéis la tesis del “evangelio de la prosperidad”. Está muy de moda hoy en día. Si oras, si crees, si das tus ofrendas, te harás rico y to-



Izquierda: Helge Mutschler es ordenado Apóstol Mayor
Derecha: El Apóstol Mayor Helge Mutschler coloca en descanso a su predecesor, Jean-Luc Schneider

dos tus problemas se resolverán. ¿Dónde está escrito eso en la Biblia? No lo sé, debemos tener una Biblia diferente. Jesús dijo: “No se puede servir a Dios y al dinero”. Eso no funciona. No dijo: “He venido para que todas las personas que son pobres se hagan ricas”. Tampoco dijo: “He venido para que todos los ricos se hagan pobres”. No, solo dijo: “He venido para daros la vida eterna”. No quería resolver todos los problemas de la tierra. Se identificó con los pobres. Recordad que Jesucristo se identificó con los pobres, con los enfermos, con los rechazados, con los pecadores. Ese es el Evangelio. Eso significa que no podemos utilizar el Evangelio simplemente para asuntos terrenales. Eso significa que la riqueza terrenal no necesariamente es una bendición. Eso significa también que la riqueza no te impide ser salvo. Y significa que la pobreza no es una maldición. Significa, al mismo tiempo, que la pobreza no es garantía de salvación. No es que por ser pobre vayas a ser salvo. Simplemente no tiene nada que ver con eso. Para ser salvo, debes seguir a Cristo y cumplir la voluntad de Dios. Jesús resumió la voluntad de Dios así: “Ama a Dios y ama a tu prójimo”. Hermanos y hermanas, eso es el Evangelio. Y esa es la tarea de la Iglesia de Cristo. Tampoco es la voluntad de la cabe-

za de la Iglesia de Cristo que se castigue a los pecadores o que se los obligue a cambiar y a arrepentirse. Jesús nunca ha obligado a nadie. No es misión de la Iglesia establecer una jerarquía de pecados. “Estos pecados son muy graves, son mortales. Y otros, no son tan graves. Y mis pecados no son graves en absoluto”. No es tarea del apostolado, ni de la Iglesia de Cristo, establecer una jerarquía del pecado. Cristo quiere que amemos a los pecadores y los ayudemos a ser salvos. La conversión del pecador es un asunto entre Dios y el pecador. No podemos imponer la salvación. No podemos imponer la conversión —ni queremos hacerlo—. Cristo es la cabeza. Y, sin duda, todos los miembros, los creyentes, somos miembros de este cuerpo.

Conocemos esta imagen. Hemos oído hablar de ella. Los miembros del cuerpo son muy diferentes. Hay grandes, pequeños, ricos, pobres. Algunos muy inteligentes. Otros, menos. Es un hecho. Los miembros son muy diferentes. Pero lo que Pablo dice con esta imagen del cuerpo de Cristo es que cada uno de ellos es necesario. Y esta diversidad de los miembros de la Iglesia de Cristo es deseada por Dios. No es una casualidad. “Bien, tenemos que aceptarlo porque todos son diferentes”. No, no, no. Es la voluntad de Dios. Ese es el significado de esta imagen del cuerpo. Tienen deliberadamente dones diferentes, misiones diferentes, tareas diferentes. Son completamente diferentes. Hay algunos



fuertes. Y hay otros débiles. Ah, sí, hablando de fuertes y débiles, ¿quiénes son los débiles? Bueno, desde la perspectiva de Ciudad del Cabo, los débiles son los de los otros continentes. ¿Sí? Eso supone un peligro para nuestra Iglesia, la Iglesia Nueva Apostólica. Y, trasladado al plano espiritual, es un peligro para la Iglesia de Cristo. Cada uno tiene una concepción diferente de esta debilidad. ¿Puedo hablar con franqueza? Algunos dicen: “Oh, en Europa son tan débiles porque su número de miembros está disminuyendo. La fe europea está decayendo. Son débiles. Nosotros somos fuertes”. Y quizá en Europa digan: “Oh, en ciertos países fuera de Europa tienen una comprensión tan débil del Evangelio, de la teología, que ni siquiera son capaces de explicar la Trinidad; una comprensión muy débil. Son débiles”. Toleran esto y toleran aquello. Y aquí, en la Iglesia, suceden estas cosas. Son débiles. Creed en mi experiencia. Todos nosotros, sin excepción alguna, somos débiles a los ojos de alguien. Todos nosotros. Siempre hay alguien que piensa: “Este es el débil. Yo soy el fuerte”. Pero lo que le importa a Cristo es precisamente la forma en que tratamos a los débiles. “Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, a mí

me lo hacéis”. Hermanos y hermanas, perdonadme por ponerme un poco serio. Pero para el futuro de la Iglesia es muy importante que nos demos cuenta de que algunos consideran débiles a unos y otros, a otros. Ni siquiera voy a entrar a debatir quién tiene razón y quién no. Solo os digo a todos: recordad lo que dijo Jesús: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños —es decir, a aquel que a vuestros propios ojos es muy débil— la forma en que lo tratáis, lo que le hagáis a él, me lo hacéis a mí”. Eso es esencial para el futuro y la unidad de nuestra Iglesia. La forma en que tratamos a los débiles da testimonio de la presencia de Cristo en nuestra Iglesia. La forma en que se trata a los débiles entre nosotros revela y da testimonio de la presencia de Cristo entre nosotros. Por favor, guardad este pensamiento en vuestro corazón y en vuestra alma, también de cara al futuro.

Las debilidades y la diversidad de los miembros del cuerpo no impedirán la perfección del cuerpo. El Espíritu Santo seguirá obrando, Él perfeccionará y completará su obra. Es cierto que hoy no podemos ver esa perfección. En absoluto, pues no hay perfección visible. Por todas partes vemos pobres pecadores. Pero sabemos que el Espíritu Santo realiza una obra perfecta, que consumará su Obra Redentora y que la novia de Cristo será preparada. ¿Qué es lo que importa para ti, para mí? Nuestra fidelidad, nuestro amor, nuestra obediencia, aquí, hoy, en las condiciones en que vivimos. Lo que importa es la forma en que tratamos a los pecadores, a los débiles, a nuestro prójimo. Aquellos que siguen a Cristo y lo confiesan como su Señor experimentarán la resurrección.

PENSAMIENTOS CENTRALES

La Iglesia da testimonio de la presencia de Cristo en la tierra. Cristo guía a la Iglesia. Los miembros de la Iglesia están unidos en Cristo y se sirven unos a otros. El Espíritu Santo prepara a la Iglesia para el retorno de Cristo.

Gólgota: lugar de decisión

Duda o confianza, acusación u oración: cada uno tiene la posibilidad de elegir. Quien se decide por Jesucristo no tiene que esperar al mañana, pues Jesús ya lo acompaña hoy.

Como preparación para el Viernes Santo, el entonces Ayudante Apóstol Mayor Helge Mutschler celebró un Servicio Divino el domingo 15 de marzo de 2026 en Humpolec (República Checa).

“Con nuestro pasaje bíblico dirigimos la mirada hacia Gólgota” —el lugar de la calavera— “un lugar espantoso, ruidoso, crudo y terrible”. Jesús fue clavado aquí en la cruz con clavos oxidados, con un malhechor a su izquierda y otro a su derecha. “Cuando los seres humanos estamos en la cruz, nos vemos obligados a tomar una decisión”, explicó el Ayudante Apóstol Mayor. Hacia la izquierda o hacia la derecha: no hay un término medio neutral.

La decepción de Gestas

Según una antigua tradición, uno de los malhechores junto a Jesús en la cruz fue Gestas. Pertenecía al partido políti-

co de los zelotes y tenía una idea muy concreta del Mesías: “Aquel que establecerá un reino divino en esta tierra y nos liberará por fin de este yugo, de esta opresión de los romanos”. Se sintió decepcionado: el supuesto Mesías colgaba sangrando junto a él en la cruz y no se salvaba ni a sí mismo ni a él.

Si hoy observamos la situación del mundo, también nos vendrían estos pensamientos: “Dios, ¿dónde estás? Dios, ¡tienes que intervenir!”. Por eso no tenemos derecho a condenar a Gestas.

El ejemplo de Dimas

El otro malhechor, llamado Dimas, se comportó de manera diferente e hizo tres cosas:

Mirarse a sí mismo: “No culpó a Dios. No señaló con el dedo a los demás”. Sin autocompasión, reconoció sencillamente que era un pecador.

Mirar a Jesús: Reconoció la ausencia de pecados en Jesús y su reino celestial. “Este hombre es un rey que se yergue sobre la cruz”.

Orar: Se dirigió a Jesús y le pidió: “Cuando llegues a tu reino, solo te pido una cosa: ¡por favor, acuérdate de mí!”.

“Dimas puede ser un ejemplo. Puedes mirarte a ti mismo”, alentó el Ayudante Apóstol Mayor Mutschler, sin culpar a nadie. Jesús no es un rey castigador, sino que está lleno de amor, perdón y misericordia. “A este rey puedes dirigirte y orar”. Sin grandes palabras, simplemente: “Señor Jesús, acuérdate de mí”.



La comunidad Humpolec en República Checa



Izquierda: El entonces Ayudante Apóstol Mayor Helge Mutschler en el altar
Derecha: Acompañamiento musical del Servicio Divino a cargo del coro



El Ayudante Apóstol Mayor Helge Mutschler felicitó a los padres con motivo del Bautismo de su hija

No en algún momento, sino hoy

Jesús en la cruz solo disponía de un último resto de energía vital y se preocupó por su madre, por el discípulo Juan, por Dimas, por los soldados y por el pueblo: “Padre, perdónalos”.

La respuesta de Jesús a Dimas fue: “... hoy estarás conmigo en el paraíso”. La palabra “hoy” subraya la cercanía inmediata y la ayuda de Jesucristo. Porque Él no nos remite al futuro, sino que nos acompaña y nos fortalece ya en este momento.

Jesús no llevó a Dimas al cielo, ante la presencia de Dios, sino al “paraíso”. Según el Catecismo, “el lugar en el más allá donde se encuentran aquellos que han fallecido con fe y confianza en nuestro Señor Jesucristo”, explicó el Ayudante Apóstol Mayor. Un “lugar de seguridad”.

La palabra “paraíso” también remite a Adán y Eva. Allí se describe como un lugar de relación, comunión, confianza y amor. Ese lugar llegará y será mucho más grande que el lugar de seguridad.

“Jesucristo vendrá”, subrayó el Ayudante Apóstol Mayor. “En ese lugar solo habrá una cosa: relación, confianza, cercanía y amor. Será maravilloso y nos encontraremos con Dimas”.

PENSAMIENTOS CENTRALES

Lucas 23:42 y 43

Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

El comportamiento de Dimas demuestra que el autoconocimiento sincero, la confianza y la oración nos acercan a Cristo. Jesús recibe a las personas con perdón y amor, y ya hoy les brinda consuelo, seguridad y esperanza.

En la mesa de Dios aún hay lugar

Imagina que llegas a una mesa que está puesta para una celebración, y todos los asientos parecen ya ocupados. Miras a tu alrededor, dudas un instante y te preguntas: ¿habrá un lugar aquí para mí?



Fotos: INA Alemania del Norte y del Este



Precisamente esta imagen fue la que tomó el Apóstol Mayor Helge Mutschler el 31 de mayo de 2026 en Stendal (Alemania) en su primer Servicio Divino en este ministerio.

En la mesa de la Trinidad

Una semana después de Pentecostés, la Iglesia celebra la fiesta de la Trinidad de Dios.

El Apóstol Mayor resumió el misterio de la Trinidad con las palabras de Jesús: “Tú en mí, y yo en ti”. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos y, sin embargo, completamente uno: en cercanía, confianza, relación y amor. Para ilustrarlo, el Apóstol Mayor se refirió a una conocida imagen de la Trinidad: tres figuras sentadas a una mesa, con el cáliz en el centro, mirándose unas a otras en paz. Y luego, la mirada decisiva hacia el lado libre de la mesa: “Aquí aún hay lugar”.

“Que también ellos sean uno en nosotros”

Jesús no solo ora por sus discípulos y Apóstoles, sino también “por todos nosotros, por ti y por mí, dondequiera que te encuentres, Jesucristo intercede por ti”. La primera gran promesa: nadie queda fuera de esta oración.

“Hay lugar para ti en esta mesa, y también para mí, y para todos nosotros como comunidad. Porque Dios es amor, y el amor nos impulsa a hacer un hueco en esta mesa”. Eso es precisamente lo que quiere Jesucristo: que las personas no solo miren a Dios desde afuera, sino que sean aceptadas en la comunión con Él.

¿Cómo se llega a esta mesa? El Apóstol Mayor mencionó la invitación de Dios a través de su palabra, el renacimiento

El coro brinda el marco musical en el Servicio Divino



Jesucristo, quien quiere volver a acercar la silla a la comunión en la mesa”.

“Para que el mundo crea”

La tercera petición de Jesús dirige la mirada hacia el exterior: “para que el mundo crea”. El mundo está marcado por la desconfianza, el miedo, la distancia y las relaciones rotas. Y, sin embargo, en el ser humano permanece un profundo anhelo. “Porque eso nos une como seres humanos, es nuestra naturaleza humana, el anhelo de volver a sentarnos a la mesa y tener paz”. La confianza puede crecer cuando las personas experimentan que en la comunidad —a pesar de todas sus imperfecciones— existe una auténtica comunión en la mesa: una convivencia

sostenida por el amor de Dios.

Algún día habrá una comunión perfecta en la mesa: con Dios, con los que viven y con los difuntos, sin obstáculos y en alegría perfecta. “Y entonces celebraremos a Dios, porque reconoceremos lo hermoso que es Dios”.

Hasta entonces, la invitación sigue vigente: la mesa está puesta, el lugar está libre, ¡y Cristo acerca la silla!

de agua y del Espíritu, y la Santa Cena como comida y bebida en esta mesa. “Dios nos ha escrito a todos una tarjeta de invitación”, entonces: “Ven y siéntate a esta mesa”.

El ser humano no tiene que ganarse esta comunión. Creer significa: confiar y tomar asiento.

“Que todos sean uno”

La segunda petición de Jesús fue: “que todos sean uno”. Y “todos”, así lo dejó claro el Apóstol Mayor, significa realmente todos: “Hay débiles y fuertes, grandes y pequeños, ricos y pobres. Hay progresistas y conservadores. Que todos sean uno”.

“No es que debamos ni tengamos que pensar y sentir todos igual, ni tener el mismo punto de vista, ni ser todos amigos personales entre nosotros. No es eso lo que se quiere decir”. La unidad surge allí donde personas diferentes se orientan hacia un mismo amor y un mismo objetivo: el retorno de Cristo.

Pero la realidad suele ser otra. El Apóstol Mayor Mutschler habló de una comunión de mesa quebrantada: “Desde Adán y Eva, las relaciones están alteradas”. Tales rupturas se manifiestan en la relación con uno mismo, con el prójimo y con Dios: cuando las personas se consideran indignas, apartan interiormente a los demás o alejan a Dios de su vida.

El camino de vuelta no comienza con el mérito humano, sino en la cruz de Cristo. Allí se manifiesta Dios como el que ama. Allí se hace posible la reconciliación. “Es Dios, es

PENSAMIENTOS CENTRALES

Juan 17:20 y 21

Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

Dios es amor en la perfecta unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En la oración pontifical, Jesús pide que seamos atraídos hacia este amor, que todos seamos uno, y que el mundo vea esto y lo crea.

El problema no es caerse, sino quedarse tirado

El principio de vida de Jesús es: ¡levantar a los seres humanos! Tanto entonces como ahora, Cristo nos tiende la mano, nos ayuda a levantarnos y nos anima a ser nosotros mismos la luz en la vida cotidiana.



Fotos: INA Angola



El Apóstol Mayor Helge Mutschler ofició el domingo 7 de junio de 2026 un Servicio Divino en Luanda (Angola).

Hace unos 2500 años, el pueblo de Israel vivía en el cautiverio babilónico y se llenó de alegría cuando se le permitió regresar a Jerusalén. Sin embargo, al llegar, se vio invadido por una amarga decepción, pues todo estaba destruido. El profeta Isaías ya había previsto esta situación hacía mucho tiempo y la voz de Dios le había dicho en hebreo: “¡Kumi! ¡Ori!”.

¡Levántate! ¡Resplandece!

“Kumi – ¡Levántate! Ori – ¡Resplandece!”. Al contemplar la Jerusalén destruida, así fue como sucedió. La ciudad y el templo fueron reconstruidos y la luz volvió a resplandecer. “No somos personas perfectas. Todos somos pecadores”,

explicó el Apóstol Mayor, y añadió: “Fracasamos y nos caemos”. Sin embargo: “El problema no es caerse, sino que el problema es quedarse tirado”.

“Kumi – ¡Levántate!”: Por nuestras propias fuerzas resulta difícil, pero con la fuerza de Dios se consigue. Basta con pensar en Elías: estaba agotado, quería morir y entonces vino el ángel del Señor: “¡Levántate y come!”. Pensemos en la crucifixión de Jesús. “Su caída fue la mayor caída que se pueda imaginar”. Él habitaba en el cielo y vino a esta tierra. Pensemos en los discípulos, que, llenos de miedo, se escondieron y cerraron las puertas: “Ahora todo ha terminado, ahora hemos fracasado por completo”.

Pero: “Jesucristo es el poder de la resurrección”. Levantar a otras personas y animarlas a levantarse fue el principio de su vida. “Que Él también te levante a ti”.

El Servicio Divino se realizó en el Estadio dos Coqueiros en Luanda (Angola)



“Ori – ¡Resplandece!”: “Hágase la luz, dijo Dios al principio de todas las cosas”, recordó el Apóstol Mayor Mutschler. En el paraíso había luz; con el pecado, la oscuridad llegó a la tierra. Pero Jesús venció al pecado y a la muerte, y no solo dijo: “Yo soy la luz del mundo”, sino que también les dijo a los suyos: “Vosotros sois la luz del mundo”.

Levantarse y resplandecer en la vida cotidiana

¿Y cómo se traduce esto, de manera práctica, en los distintos aspectos de nuestra vida?

Fe: En la fe, uno tropieza una y otra vez. “Jesucristo nos tiende la mano a todos” y nos exhorta: “Empieza de nuevo, ora de nuevo, vuelve a leer la Biblia, vuelve al Servicio Divino. No solo levántate, sino que también resplandece”. Esto significa: “Lucha por tu Señor Jesucristo. Mantente fiel a su Evangelio y no hagas concesiones”.

Pecado: También en el mundo del pecado uno cae. Jesús nos anima a levantarnos y a luchar contra el pecado: reconoce, arrepíentete, confiesa, conviértete. “Empieza de nuevo. Recibe el perdón de los pecados”. El llamamiento es: resplandece y perdona a tu prójimo.

Sufrimiento: A veces uno se siente destrozado y permanece sumido en el sufrimiento, porque se queda estancado en la ira, en una actitud de víctima o en una imagen errónea de Dios. Dios te tiende la mano, te consuela y te ayuda a levantarte. El llamamiento aquí es: resplandece y acércate al prójimo, escucha, mantente a su lado, acompaña, consuela.

Conflictos: De vez en cuando pueden surgir discusiones y conflictos. “El problema es cuando digo: ‘Nunca te perdo-

naré. Tengo una imagen de ti y nunca la cambiaré”. Lo mismo ocurre con mantenerse en silencio y con hablar mal a espaldas de alguien. Cristo nos ayuda a dar el primer paso, a resplandecer y a sembrar paz.

Esperanza y alegría: Puede perderse la alegría y dar paso al cansancio. “¿Nos acostamos a dormir una siesta cuando pensamos en el retorno de nuestro Señor Jesucristo?”. Llevamos esperando tanto tiempo. “Despierta, levántate y ve al encuentro del Señor. No solo debes levantarte, sino que debemos resplandecer”. Que haya esperanza y alegría, Jesucristo vendrá otra vez.

PENSAMIENTOS CENTRALES

Isaías 60:1

Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.

¡Levántate y resplandece! Esta palabra del profeta también está dirigida a nosotros. En un mundo de pecado, caer es una realidad; lo importante es no quedarse tirado. Cristo, la luz del mundo, nos levanta. En todos los ámbitos de la vida podemos levantarnos y transmitir la luz que hemos recibido.

EL EUNUCO DE ETIOPÍA

HECHOS 8:26-40

Un día, un ángel se le apareció a Felipe, un Diácono de la comunidad de Jerusalén, y le dijo: “Ve hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén”.

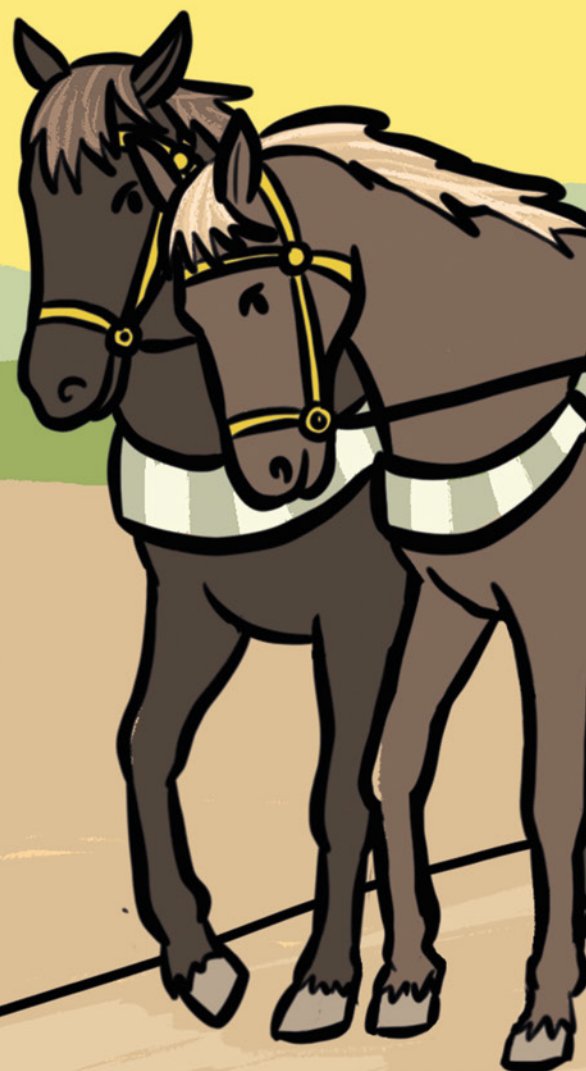
Felipe obedeció. Era una zona desierta. Por el camino vio un carro. En él iba sentado un hombre importante de Etiopía, un eunuco, que era funcionario encargado del dinero de la reina. Este tesorero había ido a Jerusalén para adorar y ahora regresaba a su país. El Espíritu Santo le dijo a Felipe: “Acércate y júntate a ese carro”. Felipe así lo hizo. Oyó que el hombre leía en voz alta el libro del profeta Isaías. Hablaba sobre alguien que es manso como un cordero.

Felipe le preguntó: “¿Entiendes

realmente lo que lees?”. El eunuco respondió: “¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?”.

Felipe subió al carro y se sentó junto al hombre. Le explicó que el profeta hablaba de Jesús. El eunuco escuchaba con atención. Felipe le contó lo que Jesús había enseñado a la gente.

Mientras continuaban su camino, pasaron junto a un estanque de agua. El hombre lo señaló y preguntó: “¿Puedes



bautizarme?”. Ambos se sumergieron en el agua y Felipe bautizó al eunuco.

Cuando salieron del agua, Felipe de repente desapareció. Dios lo había trasladado a otro lugar.

El eunuco ya no veía a Felipe, pero se alegró mucho por el encuentro y siguió con alegría su camino de regreso a casa.



CON RUSLAN EN ALMATY (KAZAJISTÁN)

Me llamo **Ruslan** y esta es mi hermana pequeña, **Sofia**. Vivimos en Almaty, que es la ciudad más grande de Kazajistán, un país enorme al sur de Rusia. Además del kazajo, mucha gente también habla ruso.

Desde hace poco, Sofía y yo tenemos una hermanita: **Alisa**.

Aquí se puede ver a mi **familia**. **Tengo** diez años y voy al colegio. Lo que más me gusta son las matemáticas, el arte, el deporte y la historia. Además, me encanta la geografía y me gusta aprender cosas sobre las ciudades y sus lugares de interés. **Sofía** está en segundo año de primaria. Mi **padre** trabaja en un banco y mi **madre** se ocupa de nosotros, los niños.

Me gusta hacer deporte con mi padre. También me gustan los juegos de mesa y los videojuegos. A veces vamos al cine con toda la familia y cenamos por la noche alrededor de una fogata. Me gusta cuando estamos todos juntos. Además, suelo estar al aire libre, en la naturaleza, observando **animales**. ¡Me encantan los animales!





Y me encantan los **fideos**. A menudo, en los restaurantes kazajos todavía se hacen a mano.

En Kazajistán viven diferentes pueblos, todos ellos amigos entre sí. Nuestra cultura ha adoptado muchos elementos de los países vecinos: China, Mongolia, Kirguistán y Rusia. Una tradición kazaja es el concurso de canto "Aitys". En él, dos poetas y cantantes improvisan compitiendo entre sí, tocan un instrumento tradicional llamado **dombra** y se responden mutuamente con versos rimados de forma espontánea.

Estoy orgulloso de vivir en Kazajistán. Nuestro país es enorme y cuenta con paisajes muy variados. IEn el oeste y el norte predominan las **estepas** llanas, mientras que en el sureste y el noreste se encuentran altas **montañas**; entre ellas, hay **ríos** y **lagos**.

Creo en Dios y en que Él siempre está conmigo. Todos los domingos voy a la **iglesia** con mi familia. Entre los hermanos y hermanas en la fe siempre hay un ambiente cálido y acogedor.





Más que un ritual: la Santa Cena

Después del arrepentimiento, el Padre Nuestro y la Absolución, la atención se centra en el momento central del Servicio Divino: la Santa Cena. En la segunda parte de la carta doctrinaria se explica por qué la oración del sacrificio, la consagración y la recepción son mucho más que simples rituales, y cómo Cristo se encuentra con su comunidad a través de ellos.

La que llamamos “oración del sacrificio” es el segundo ruego pronunciado de manera libre dentro del Servicio Divino. Se realiza luego de la Absolución (perdón de los pecados) y antes de celebrar la Santa Cena. La oración del sacrificio se centra en el sacrificio de Jesucristo y en todos los dones de salvación asociados a ello. Por todo esto podemos darle gracias directamente a Dios, el Hijo, que adoptó la condición humana en Jesucristo, y al Espíritu Santo, que se encuentra activo en la Iglesia.

Se puede expresar agradecimiento a Jesucristo por el perdón de los pecados y por los Sacramentos, que han sido posibles gracias a su muerte en sacrificio en el Gólgota. Quien oficia puede expresar gratitud porque son perdonados los pecados de quienes se arrepientan verdaderamente. En este punto, también es posible pedir que a través del Espíritu Santo recibamos el poder para evitar el pecado, vencer el mal y alcanzar la dignidad.

También se puede expresar el agradecimiento por la institución de la Iglesia y por la misión de los Apóstoles, por medio de los cuales es proclamado el Evangelio de forma pura y pueden ser dispensados los Sacramentos en su plenitud, tanto para los vivos como para los muertos. Es importante expresar además agradecimiento por la posibilidad de celebrar la Santa Cena, acto por el cual podemos tener parte en el cuerpo y la sangre de Cristo para nuestra salvación.

La petición al Espíritu Santo

La invocación del Espíritu Santo (también conocida como epiclesis) debería del mismo modo encontrar un lugar en la oración del sacrificio. Esto se da con el reconocimiento de que no solo los Sacramentos –entre ellos, la Santa Cena– están estrechamente vinculados con el Espíritu Santo, sino que también nuestra vida como cristianos debe desplegarse bajo la guía del Espíritu (Gálatas 5:18).

El Espíritu Santo es la presencia de Dios en el período del tiempo que se extiende desde la Ascensión hasta el retorno de Cristo. Es el Ayudador y Consolador, que nos recuerda las palabras y el obrar de Jesucristo, y los trae al presente (Juan 14:26). El Espíritu Santo glorifica a Cristo (Juan 16:14) y da testimonio de su presencia en la Iglesia (Catecismo INA 3.4.13). Por lo tanto, es apropiado lo que el Catecismo afirma acerca de que la “Iglesia y el Espíritu Santo van juntos” (Catecismo INA 3.5.5.1).

El Catecismo afirma también lo siguiente sobre la relación entre la Santa Cena y el Espíritu Santo: “La consagración de pan y vino para la Santa Cena solo es posible porque en ese acto obra el Espíritu Santo; de manera tal que por medio de las palabras humanas el poder del Espíritu Santo adquiere



realidad divina. Una Santa Cena plenamente valedera, es decir, la verdadera presencia de cuerpo y sangre de Cristo tiene lugar cuando está sustentada por el poder del Espíritu Santo y la consagración de los elementos de la Santa Cena se realiza en virtud del poder concedido por los Apóstoles” (Catecismo INA 3.5.5.2).

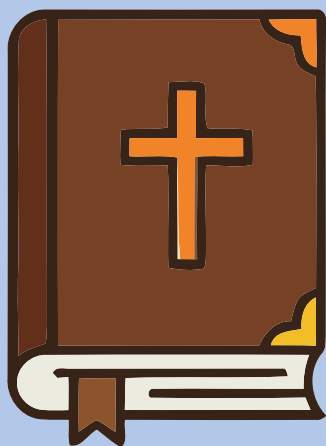
Por tanto, en la oración del sacrificio habría que dirigirse directamente al Espíritu Santo y pedirle que comparta su poder eficaz con los creyentes. Al mismo tiempo, se le debe pedir al Espíritu Santo que garantice que todos puedan recibir la Santa Cena dignamente y para su salvación.

Preparación y consagración

Luego de la oración del sacrificio, el oficiante pronuncia las siguientes palabras que señalan el comienzo del acto de la consagración: “Ahora festejaremos la Santa Cena”. Estas palabras dejan claro que la Santa Cena es también una cena de comunión. Aquellos que se han reunido en el nombre del trino Dios ahora participarán en una celebración de la Santa Cena en la que el Señor resucitado está realmente presente.

Los recipientes de la Santa Cena no suelen ser destapados por el oficiante, sino por Pastores previamente designados para esta tarea. Si no hubiere presentes otros Pastores, se pueden hacer cargo de este acontecimiento litúrgico los Diáconos. Este acto hace accesibles los elementos naturales necesarios para la celebración de la Santa Cena. Los elementos naturales, pan y vino, están ahora presentes. Le sigue una confirmación explícita, con las siguientes palabras: “Ahora está preparada la mesa del Señor”. El altar es en este momento la mesa en la que Jesús celebra la Santa Cena con su comunidad.

En la Santa Cena, el sacrificio que Jesús llevó a cabo en el Gólgota, junto con el cuerpo y la sangre de Cristo, están



realmente presentes solo cuando el acto es realizado por un portador de ministerio autorizado. Aparte de los miembros del apostolado, solo los portadores de ministerio sacerdotal tienen esta autoridad.

La autoridad del apostolado, los elementos del pan y el vino, y las palabras pronunciadas en la fórmula de consagración son todos necesarios para asegurar que la Santa Cena pueda celebrarse de manera plenamente válida. Un desliz lingüístico no impedirá la correcta realización del Sacramento, tampoco una dubitación o cualquier otra debilidad humana del portador de ministerio pueden alterar o poner en peligro una celebración de la Santa Cena completamente válida. Jesucristo es el Señor del Sacramento. Él es quien lo instituyó y quien ha dado la autoridad para celebrarlo, y el Espíritu Santo es quien ahora hace efectiva esa autoridad.

La fórmula y su importancia

La fórmula de consagración es vinculante para todas las celebraciones de la Santa Cena nuevoapostólica y se pronuncia de la siguiente forma: “En el nombre de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, separo pan y vino para la Santa Cena y coloco sobre los mismos el una vez traído y eternamente valedero sacrificio de Jesucristo. Pues el Señor tomó pan y vino, y habiendo dado gracias, dijo: Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido. Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. ¡Tomad, comed! Haced esto en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este vino, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga. Amén”.

La fórmula de consagración tripartita comienza con la invocación del Dios trino. Esto deja en claro que no es el oficiante quien actúa en el Sacramento, sino el trino Dios.

Todo lo que sucede a partir de entonces ocurre de acuerdo con la voluntad de Dios mediante el poder del Espíritu Santo. La consagración se aplica al “pan y vino”, que son los únicos elementos que pueden ser portadores del cuerpo y la sangre de Cristo. Los elementos del Sacramento y sus propiedades constituyen un objeto de la fe. En el séptimo artículo de la fe dice que la Santa Cena “es celebrada con pan sin levadura y vino” (Catecismo INA 2.4.7). El séptimo artículo de la fe continúa señalando que el sacrificio traído por Jesús en el Gólgota es el verdadero fundamento de la Santa Cena. El una vez traído y eternamente valedero sacrificio de Jesucristo está verdaderamente

presente en la Santa Cena de forma tal que los participantes en esta celebración pueden anunciar la muerte del Señor en sacrificio con convicción (Catecismo INA 8.2.13).

A continuación, se citan las palabras que pronunció Jesús en la institución de la cena (“Pues el Señor tomó pan y vino, y habiendo dado gracias, dijo”). Esta parte de la fórmula de consagración está basada en 1 Corintios 11:23-25 y en Mateo 26:26-28. Los creyentes reciben el cuerpo y la sangre de Jesús en el pan y el vino. Este sacrificio ha establecido un nuevo pacto en el que pueden participar todos los que creen en Jesucristo y están bautizados.

Mediante la consagración y pronunciando las palabras de institución, no es transformada la sustancia de los elementos pan y el vino. Antes bien, se les agrega la sustancia del cuerpo y sangre de Jesús (consustanciación). En la Santa Cena, pan y vino corresponden a la naturaleza humana de Cristo, mientras que el cuerpo y la sangre corresponden a su naturaleza divina. Pan y vino no son metáforas o símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo, más bien, están verdaderamente presentes. En otras palabras, Jesucristo está físicamente presente. Esta forma de presencia es llamada presencia real (Catecismo INA 8.2.12).

Las palabras de Jesús: “Haced esto en memoria de mí” incorporan dos aspectos: en primer lugar, muestran que esta celebración no es única, dado que Él mismo da la indicación de repetirla. La reiterada celebración de la Santa Cena, que tiene lugar en todas las Iglesias, por lo tanto, no ocurre meramente en base a una tradición que surgió en la comunidad cristiana del principio, sino que está basada en el mandato de Jesús al instituir la cena. En las palabras de Jesús no está establecido cuántas veces se debe celebrar la Santa Cena. Como se expresa en Hechos 2:42 y 46, en la primera comunidad de Jerusalén “perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. De esta forma podríamos llegar a la conclusión de que la celebración de la Santa Cena tenía lugar con relativa frecuencia.

Al mismo tiempo, señala que cada celebración de la Cena del Señor se realiza en memoria de la institución de la Santa Cena y de la muerte en sacrificio de Jesús. Por esta razón la Santa Cena es también una cena de conmemoración (referente al término “cena de conmemoración”, ver Catecismo INA 8.2.8).

La frase de cierre en la fórmula de consagración (1 Corintios 11:26) habla de la importancia de la Santa Cena para aquellos que hayan participado en la celebración. Probablemente esta frase haya sido añadida al registro original de la Santa Cena, que proviene del Apóstol Pablo e indica que cualquiera que participe del pan y del

vino en la Santa Cena confiesa el significado de la muerte de Jesús para la salvación. Las siguientes palabras “hasta que Él [el Señor] venga” son una referencia a que la Santa Cena –y con ella, los demás Sacramentos– es un medio necesario para la salvación hasta el retorno de Cristo.

La recepción del Sacramento

Tras la consagración de los elementos de la Santa Cena, el oficiante comulga primero con los demás portadores de ministerio. Esto deja en claro que el ministerio y el Sacramento son dones del Señor para su comunidad.

Inmediatamente después, la comunidad es invitada a participar de la Santa Cena. Las palabras: “El Señor ahora invita para la Santa Cena” indican que Jesucristo está llamando a los suyos a la mesa de comunión. No es el oficiante quien hace este llamado, sino el Señor mismo.

Las obleas consagradas son dispensadas a los creyentes por un Pastor con las palabras: “El cuerpo y la sangre de Jesús dados para ti”. Esta fórmula de presentación subraya una vez más que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesús son impartidos al receptor en la oblea consagrada. Por esta razón es necesario presentar la oblea de una manera digna.

El hecho de que los miembros de la comunidad reciban juntos las obleas consagradas demuestra que la Santa Cena es también una cena de comunión. Al respecto, el Catecismo INA 8.2.10 explica: “La Santa Cena es, en tres sentidos, una cena de comunión: en primer lugar, en el festejo de la

Santa Cena, el Hijo de Dios encarnado y glorificado está en comunión primeramente con sus Apóstoles. Aquí se repite la situación original de cuando fue instituida. Pero en cada festejo de la Santa Cena, el Resucitado también está en

comunión con los creyentes que la reciben dignamente y para su salvación. Además, en la Santa Cena también se halla en comunión entre sí la comunidad reunida para el Servicio Divino”.

El cierre de la celebración de la Santa Cena

Cubrir o tapar los cálices señala que la celebración de la Santa Cena ha llegado a su fin. Por tanto, los dones necesarios para la Santa Cena ya no están presentes. Los elementos de la Cena del Señor previamente consagrados ya no contienen el cuerpo y la sangre de Cristo. Las obleas consagradas están estrechamente vinculadas a toda la celebración de la Santa Cena y no pueden ser separadas de ella. El punto 8.2.12 del Catecismo INA enuncia: “El cuerpo y la sangre de Cristo quedan presentes en las hostias consagradas

hasta que hayan llegado al receptor establecido”. Este enunciado debería aplicarse a la comunidad específica reunida para la Santa Cena, cuyos miembros deben ser considerados los receptores directos de las obleas consagradas.



Pie de imprenta

Director: Helge Mutschler, Überlandstrasse 243, 8051 Zürich/Suiza

Editorial Friedrich Bischoff GmbH, Frankfurter Str. 233, 63263 Neu-Isenburg/Alemania

Editor: Simon Heiniger

Es momento de reflexionar sobre Pentecostés

No todos los instantes se comprenden de inmediato. Pentecostés en Ciudad del Cabo fue uno de esos acontecimientos: el Servicio Divino, la música, el silencio, la comunión mundial... y la pregunta de qué queda de todo ello cuando vuelve la rutina diaria.

Quizás por eso a veces hay que volver atrás conscientemente para descubrir qué imágenes han perdurado. Nuestro viaje a Sudáfrica comenzó sin grandes alardes: con el trayecto habitual al trabajo, a la oficina de la calle Ueberland en Zúrich (Suiza). Los últimos documentos, las últimas decisiones, las últimas cuestiones organizativas... y luego partimos con el avión hacia Ciudad del Cabo (Sudáfrica), con escala en Fráncfort (Alemania). Los primeros días siguieron siendo un viaje de trabajo: comprobar la tecnología, inspeccionar los salones, coordinar los procesos. No fue hasta el sábado cuando algo empezó a cambiar: el viaje de trabajo se convirtió, de forma palpable, en un viaje de Pentecostés.

Entre la rutina y la alegría de Pentecostés

El sábado al atardecer nos esperaba el concierto en Silver-town. Ya después del primer canto, me incliné hacia mi

compañero de trabajo y le susurré: “Este canto probablemente sería el punto culminante absoluto en la mayoría de los conciertos, y ellos simplemente empiezan con él”. Eso es precisamente lo que me impresiona una y otra vez de los músicos sudafricanos: esa capacidad de no solo interpretar la música de forma impecable e impresionante, sino de llenarla de emoción, alegría y esperanza.

El Apóstol Mayor Jean-Luc Schneider lo expresó al final del concierto. Habló de lo a menudo que las personas se inspiran a través de la música —y de lo rápido que se pierden esos impulsos porque vuelve la rutina diaria. Y entonces, de repente, invitó a un breve momento de recogimiento. A una oración personal. A un momento de silencio ante Dios. El silencio que siguió no pareció organizado ni acordado. No se manifestó en grandes gestos, sino en pequeños movimientos: en pañuelos, en bajar la mirada, en lágrimas que nadie tuvo que ocultar.

Al despertarme el domingo, lo primero en lo que pienso no es en el Servicio Divino. Sino en que, en unas siete horas, ya estaremos de nuevo en camino al aeropuerto. Pero antes nos espera esta experiencia especial: el Servicio Divino de Pentecostés con retransmisión mundial. El Servicio Divino en el que se ordenará a un nuevo Apóstol Mayor y pasará a descanso el actual Apóstol Mayor.

Aún antes del desayuno, hago la valija. Apenas hay un respiro entre el final del Servicio Divino y la salida al aeropuerto. Vestido con traje negro, me siento a desayunar, tomo café, hablo con los compañeros del equipo sobre el día y, de paso, descargo la tarjeta de embarque. Todo es muy práctico. Y, sin embargo, los pensamientos vuelven una y otra vez a las figuras centrales de este día: al hasta ahora Apóstol Mayor y a su sucesor.



Fotos: INA África del Sur



En viaje a Tafelsig

Unos 20 minutos antes de la salida hacia la iglesia de Tafelsig, todos vuelven a desaparecer hacia sus habitaciones. Yo ya estoy listo y me dirijo directamente a los ómnibus que esperan, saludo al equipo sudafricano y de repente noto movimiento a mis espaldas. El Apóstol Mayor Schneider se acerca al ómnibus junto con su esposa. Inusualmente temprano. Me acerco a él sonriendo, me toco el reloj pulsera y digo:

“Apóstol Mayor, ¿qué pasa? Normalmente nunca llega tan temprano”. Él se echa a reír de inmediato. “Sí, normalmente...”. Luego se frota las manos: “Pero hoy es un día muy especial”.

En ese pequeño instante ya se percibía algo de la tensión de ese día: seriedad, expectación —y esa alegría casi juvenil ante lo que estaba por venir. Poco a poco, los demás Apóstoles de Distrito, los Ayudantes Apóstol de Distrito y sus esposas van llegando a los ómnibus. La ruta pasa a lo largo de la costa: el mar, olas blancas y espumosas, la hierba de las dunas meciéndose al viento. Dentro del ómnibus se hace el silencio. A la derecha, el mar; a la izquierda, la ciudad; delante de nosotros, Tafelsig.

Pasamos por la Iglesia Nueva Apostólica de Eastridge y, aproximadamente un kilómetro más adelante, por el edificio de la comunidad de Tafelsig Oeste. La comunidad allí

reunida se encuentra al borde de la calle saludando con la mano. No es una bienvenida perfectamente orquestada. Más bien alegría sincera. Ruidosa. Cordial. A la sudafricana. Desde allí solo quedan unos 600 metros hasta la gran iglesia de Tafelsig.

Afuera, los colaboradores coordinan la llegada. Los hermanos y hermanas acuden en masa al predio. Vestimenta de fiesta, abrazos, saludos breves, miradas inquisitivas. Todo está en movimiento. El Apóstol Mayor y su comitiva entran en el edificio por el estacionamiento subterráneo y desaparecen en dirección a la sacristía. Nosotros nos dirigimos hacia la nave de la iglesia por la escalera. La escalera es estrecha, subimos pacientemente escalón a escalón. Y es precisamente allí donde se oye por primera vez con claridad. La música.

Desde las puertas abiertas, el coro y la orquesta llegan hasta la escalera. Las voces se hacen más fuertes con cada escalón. Las conversaciones se acallan. El paso se hace más lento. Y cuando finalmente entramos y nos dirigimos a nuestros asientos, se tiene la sensación de estar entrando en medio de algo que ya ha comenzado hace tiempo y que se extiende mucho más allá de los muros de esta iglesia.

En la nave de la iglesia me lleva un buen rato encontrar mi paz interior. Así que, para empezar, me quedo allí sentado. Escucho la música. Miro a mi alrededor. Intento que mis pensamientos se calmen un poco. Entonces suena el



Izquierda: El Apóstol Mayor Jean-Luc Schneider pasa a descanso ministerial



Derecha: Helge Mutschler es ordenado Apóstol Mayor



órgano. Comienza el himno de inicio. La comunidad se pone de pie. Comienza el Servicio Divino.

“¡Tenemos un nuevo Apóstol Mayor!”

La palabra bíblica les resulta familiar a muchos. El Apóstol Mayor predica sobre la Iglesia de Cristo. Sobre a quién pertenece. Sobre quién es su cabeza. Y también sobre cómo deben tratarse los miembros entre sí, si Cristo sigue siendo realmente la cabeza. A continuación, tiene lugar la Santa Cena. Por un momento, todo lo especial de este día pasa a un segundo plano, detrás de lo habitual que conforma cada Servicio Divino.

Y luego llega lo que todos esperaban: la ordenación del nuevo Apóstol Mayor. Esta tiene lugar ante el altar y, debido al lugar elegido, en medio de la comunidad. Y aunque el Ayudante Apóstol Mayor antes estaba sentado justo al lado del altar, da la impresión de que ahora se presenta ante el Apóstol Mayor desde la comunidad, como parte de ella.

Me queda especialmente grabado el “sí”. No responde rápidamente. No de forma rutinaria. No de pasada. Entre la pregunta y la respuesta hay un momento de silencio. Casi

como si le dier conscientemente espacio a ese “sí”. Sin vacilar. Sin inseguridad. Porque ese “sí” no solo lo pronunció, sino que realmente lo dio con convicción.

Después de la ordenación, el Apóstol Mayor Schneider sube de nuevo los escalones hacia el altar con una energía casi juvenil y exclama lleno de alegría y entusiasmo: “¡Tenemos un nuevo Apóstol Mayor! ¡Qué bendición! ¡Qué alegría!”. Se oyen unos aplausos bajos, aislados y tímidos. Casi inseguros: ¿se puede aplaudir ahora? ¿Es apropiado o en realidad este momento es demasiado solemne para ello? Y entonces el propio Apóstol Mayor Schneider se encarga de resolver este instante de incomodidad. Empieza a aplaudir con fuerza. De corazón. Sin complicaciones. Humanamente. Con esa forma tan propia de él de no querer nunca reprimir artificialmente la emoción. Y, de repente, toda la iglesia aplaude. No como en un espectáculo. Más bien como una expresión conjunta de gratitud, alivio y alegría.

Antes de que el Apóstol Mayor Schneider ceda finalmente el relevo a su sucesor, dirige unas breves palabras a la comunidad mundial. Luego le da la palabra al hombre que



El Apóstol Mayor Helge Mutschler finaliza el Servicio Divino con la oración y dispensando la bendición final

ahora lo colocará en estado de descanso. Y este lo hace exactamente como debe: se toma un poco más de tiempo para ello. Porque la gratitud, así lo deja claro, no debe permanecer en silencio. Al fin y al cabo, ante él se encuentra ahora quien ha dirigido la Iglesia durante trece años. Una Iglesia en la que la diversidad no se percibe como un inconveniente, sino como una riqueza. Y en la que, a pesar de ello, no se pierde la unidad.

Despedida y nuevo comienzo

Durante unos minutos, dos Apóstoles Mayores activos se encuentran al mismo tiempo en el altar. Uno a pocos pasos de su descanso, el otro al comienzo de su ministerio. Y ambos van juntos, pues la Iglesia no vive de dejar atrás sus orígenes. Sino de forjar el futuro a partir de ellos. Cuando finalmente el Apóstol Mayor Schneider pasa a descanso, la nave permanece en silencio. Un momento en el que trece años de ministerio de repente se hacen muy presentes.

Y entonces el nuevo Apóstol Mayor concluye el Servicio Divino con una oración y la dispensación de la bendición final. Sobre una comunidad mundial. Sobre personas en los más diversos países. En las más diversas situaciones de la vida. Y, sin embargo, unidas en la comunión del Espíritu Santo.

Como canto final, el coro vuelve a entonar una obra de nueva composición. El Apóstol Mayor Mutschler exclama entusiasmado: “¿No ha sido hermoso? ¡Increíble! Esto es el cielo”.

Y luego agrega algo que suena como una confesión de fe personal: tiene esperanza en el futuro. Esperanza en una

época en la que muchas personas pierden la esperanza. Esperanza para la Iglesia de Cristo. Esperanza para una comunión que no solo respeta al otro en sus diferencias, sino que lo ama precisamente por ello. Mientras la comunidad entona el canto final, salimos lentamente del templo. Al entrar, nos sumergimos en esta atmósfera. Ahora nos acompaña en la salida. Afuera nos dirigimos a los ómnibus que nos esperan. Cuando estos se ponen en marcha, vuelve a reinar el silencio. No es un silencio opresivo. Más bien es como si cada uno tuviera que asimilar por sí mismo lo que acaba de suceder.

Un Pentecostés cuyos efectos perduran

Al llegar al hotel, todos se acercan a los dos Apóstoles Mayores y expresan en pocas palabras lo que, en realidad, no se puede decir tan rápidamente. Ni siquiera noventa minutos después, salimos del hotel de nuevo en dirección al aeropuerto. En realidad, es un corte brusco. Pero no lo parece en absoluto. Más bien es como si algo hubiera terminado realmente bien. Un final lleno de agradecimiento hacia nuestro anterior Apóstol Mayor. Y un comienzo esperanzador con el nuevo Apóstol Mayor.

Cuando llegamos al aeropuerto, hay mucho ajeteo. Este fin de semana se había celebrado una maratón en Ciudad del Cabo. Gente de todo el mundo había acudido a Ciudad del Cabo para este evento y ahora vuelve a casa. Muchos aún llevan sus medallas colgadas al cuello. Yo no llevo ninguna. Y, sin embargo, no siento que vuelva a casa con las manos vacías.

Entretanto, ya han pasado algunas semanas. Semanas llenas de vida cotidiana. Llenas de pequeñas alegrías y pequeñas contrariedades. Llenas de tareas, conversaciones, citas, cansancio, encuentros hermosos y pensamientos humanos totalmente normales. Y, sin embargo, me doy cuenta de que algo de Pentecostés ha perdurado. Está allí, en mi interior, como un recuerdo, no cerrado, no completamente clasificado, sino lo suficientemente vivo como para ser contemplado una y otra vez.

Quizá haya que dedicar tiempo conscientemente a esos recuerdos. Reflexionar de nuevo. Escuchar de nuevo. Permitir de nuevo que las imágenes, las palabras y los encuentros sigan surtiendo efecto. Porque aún hay mucho en lo que pensar: ideas de la prédica, conversaciones al margen, la música, pequeñas historias por el camino. No todo cabe en un artículo. Pero algunas cosas quedan de todos modos. Quizá ese sea precisamente el efecto de días así. No nos quitan el peso de la vida cotidiana. Pero le aportan algo.

Quien quiera dirigir la Iglesia debe amar a Cristo

El “servicio de Pedro”: así se denomina el encargo específico del Apóstol Mayor. Quien justamente en la actualidad porta este ministerio escribe sobre lo que esto significa y cuál es su origen.



Fotos: INA Suiza

mente dicha se desarrolló con Friedrich Krebs. A la responsabilidad ejercida se le otorgó la denominación de “Apóstol Mayor”. Lo determinante es que no fue el título el que dio origen al servicio, sino que el servicio encontró su nombre a partir de la función que ya desempeñaba. Y este servicio se fundamenta en el testimonio bíblico y está vinculado al encargo que le fue encomendado al Apóstol Pedro.

Me interesa cómo Pedro llevó a la práctica este encargo en las primeras comunidades. Esto me sirve de orientación. En los Hechos de los Apóstoles se lee que él dispuso que se ocupara de nuevo el lugar de Judas Iscariote en el círculo de los Apóstoles. También hoy, siempre que es posible, el Apóstol Mayor ordena él mismo a los Apóstoles. Para mí es muy importante fortalecer este círculo, para que se mantenga el enfoque en hacer accesible la salvación a todos los seres humanos. Al mismo tiempo, esto es una expresión de la unidad entre los Apóstoles, cuyo fortalecimiento es otra de las tareas del Apóstol Mayor.

Escribir sobre el Apóstol Mayor significa hablar de un servicio que ahora yo mismo ejerzo. No me resulta fácil. Uno tiende a pensar demasiado rápido en personas concretas: en Apóstoles Mayores que han dejado su huella. Sin embargo, mi primer pensamiento no se dirige a una persona, sino al encargo. Este no me pertenece, sino que me ha sido confiado. No remite a la persona que lo ejerce, sino a Cristo, quien guía a su Iglesia.

La denominación “Apóstol Mayor” no fue el punto de partida en nuestra Iglesia, sino el resultado de un servicio que fue creciendo. El Apóstol Mayor es la autoridad espiritual suprema; a él le corresponde la posición de liderazgo en el círculo de los Apóstoles. La función de liderazgo propia-

El Apóstol Mayor establece el orden de la Iglesia, como servicio a la unidad y como marco fiable para la actividad de la Iglesia. Porque el orden espiritual no debe limitar, sino dar espacio al Evangelio. También en esto Pedro nos sirve de guía: él pronunció la prédica de Pentecostés. Así, también hoy forma parte de este servicio preservar la doctrina y velar por una difusión uniforme del Evangelio.

Pero no nos detenemos aquí: la adquisición de nuevos conocimientos y el desarrollo prudente de la doctrina también forman parte de ello. Pedro lo demuestra: el Señor le mostró que la salvación no se limita a un pueblo, sino que se extiende a todos los seres humanos. En su encuentro

con Cornelio, Pedro se da cuenta de que Dios no excluye a nadie: el Evangelio también se dirige a los gentiles; ellos también deben participar de la salvación y ser bautizados con agua y Espíritu.

Cuando Cornelio se postra ante Pedro y lo adora, Pedro lo rechaza: “Levántate, pues yo mismo también soy hombre” (Hechos 10:26). Pedro no era un hombre sin defectos. Era consciente de sus errores —y conocía la gracia de su Señor—. Por eso me conmueven especialmente las palabras que Jesús le dirigió: “Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:32). Yo también sé que mi fe no se sostiene por sí misma. Vive de la gracia de Dios. Lo único que puedo aportar es mi confianza en Cristo, quizá tan pequeña como un grano de mostaza, pero abierta a lo que Él quiera obrar.

Jesús conoce las debilidades y los límites de Pedro. No le exige nada extraordinario, sino una respuesta clara a la pregunta decisiva: “¿Me amas?”. Solo a partir de esta respuesta le confía el servicio: “Apacienta mis corderos. Apacienta mis ovejas” (Juan 21:15-17). Así queda claro: el servicio de Pedro no se basa en primer lugar en la autoridad, sino en el amor a Cristo. Esta pregunta también me acompaña a mí. Quien quiera dirigir la Iglesia debe amar a Cristo —y precisamente por eso, servir a las personas.



Foto: INA África del Sur

El Apóstol Mayor Helge Mutschler y su predecesor, el Apóstol Mayor e.d. Jean-Luc Schneider

Los Apóstoles Mayores hasta hoy



Friedrich Krebs
1897–1905



Hermann Christoph Niehaus
1905–1930



Johann Gottfried Bischoff
1930–1960



Walter Schmidt
1960–1975



Ernst Streckeisen
1975–1978



Hans Samuel Urwyler
1978–1988



Richard Fehr
1988–2005



Wilhelm Leber
2005–2013



Jean-Luc Schneider
2013–2026



Helge Mutschler
desde 2026



Fotos: INAI

Una Iglesia en la que todos se sientan amados

Abierta a las personas, firmemente arraigada en el Evangelio: con sus últimas palabras espirituales dirigidas a la asamblea de Apóstoles de Distrito, el Apóstol Mayor Jean-Luc Schneider volvió a marcar claramente el rumbo.

En primer lugar, se centró en el encargo de los Apóstoles: llamar a las personas a Cristo y prepararlas para su retorno. El crecimiento no se mide en cifras, sino en la madurez en la fe.

Sin embargo, el Espíritu Santo no solo obra donde están activos los Apóstoles, expresó. También otras Iglesias llevan a las personas a Cristo. Es bueno que los cristianos colaboren en sus esfuerzos, argumentó a favor de las actividades ecuménicas.

Mejor desventajas que falsos compromisos

Al mismo tiempo, el Apóstol Mayor saliente trazó límites claros: la tarea del apostolado es “anunciar el Evangelio con veracidad”, dijo advirtiendo contra los falsos profetas. Entre ellos se incluyen todos aquellos que

- quieren ejercer poder en nombre de Jesús,
- justifican la violencia y la guerra con argumentos religiosos,

- dan más importancia a la riqueza que a la salvación,
- marginan y condenan a las personas, así como
- hacen negocios con la fe.

El Apóstol Mayor se refirió expresamente al décimo artículo de la fe, que acepta la autoridad estatal siempre que no entre en contradicción con los mandamientos divinos: “En los últimos años he observado en varias ocasiones que había en acción fuerzas que querían imponer a nuestra Iglesia opiniones contrarias al Evangelio”.

A este respecto, exhortó a “oponerse decididamente a estos intentos”. Porque: “Al igual que Pedro y los primeros Apóstoles, creemos que es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres, incluso si esta actitud resultara perjudicial para el funcionamiento de la Iglesia como institución”.

Más amor y menos reglas

“Cristo desea una Iglesia abierta a todos, en la que cada uno se sienta aceptado, respetado y amado”, dejó claro el Apóstol Mayor Schneider. “¡Lo que sin duda es nefasto para la Iglesia son las reglas que sirven principalmente para consolidar la autoridad de los responsables!”.

Su pregunta a los Apóstoles de Distrito: “¿Están realmente bien fundadas y son útiles todas las reglas que hemos establecido, las costumbres a las que nos aferramos tanto?”. Su respuesta: “Por mi parte, estoy convencido de que podríamos mostrar un poco más de flexibilidad aquí y allá sin poner en peligro a la Iglesia”.

No presionar, sino invitar

La tarea de la Iglesia es simplemente dar testimonio, no convertir a las personas. La decisión por Cristo sigue siendo cosa de cada uno —y del obrar de Dios. Por eso, lo decisivo no es el volumen de la comunicación de la Iglesia, sino la credibilidad de sus mensajeros: el amor, la abnegación y la firmeza hacen que el Evangelio sea audible.

Al final de su alocución, el dirigente de la Iglesia volvió a centrar la atención en la relación con otras Iglesias. La Iglesia Nueva Apostólica no compite por el número de miembros y sus miembros no se consideran mejores cristianos.

“Simplemente creemos que Dios nos ha llamado a formar parte de la comunidad nupcial para cumplir una tarea especial en el reino de paz”, subrayó el Apóstol Mayor Schneider, que es la de conducir a Cristo a todas las personas de todos los tiempos y lugares. “Nos preparamos juntos para esta tarea”.

Sol, agua, victoria

Un espectáculo lleno de colorido para todas las generaciones, con emoción, espíritu de equipo y velocidad. Los dragones del lago Florida lo hacen posible: una imagen y su historia.

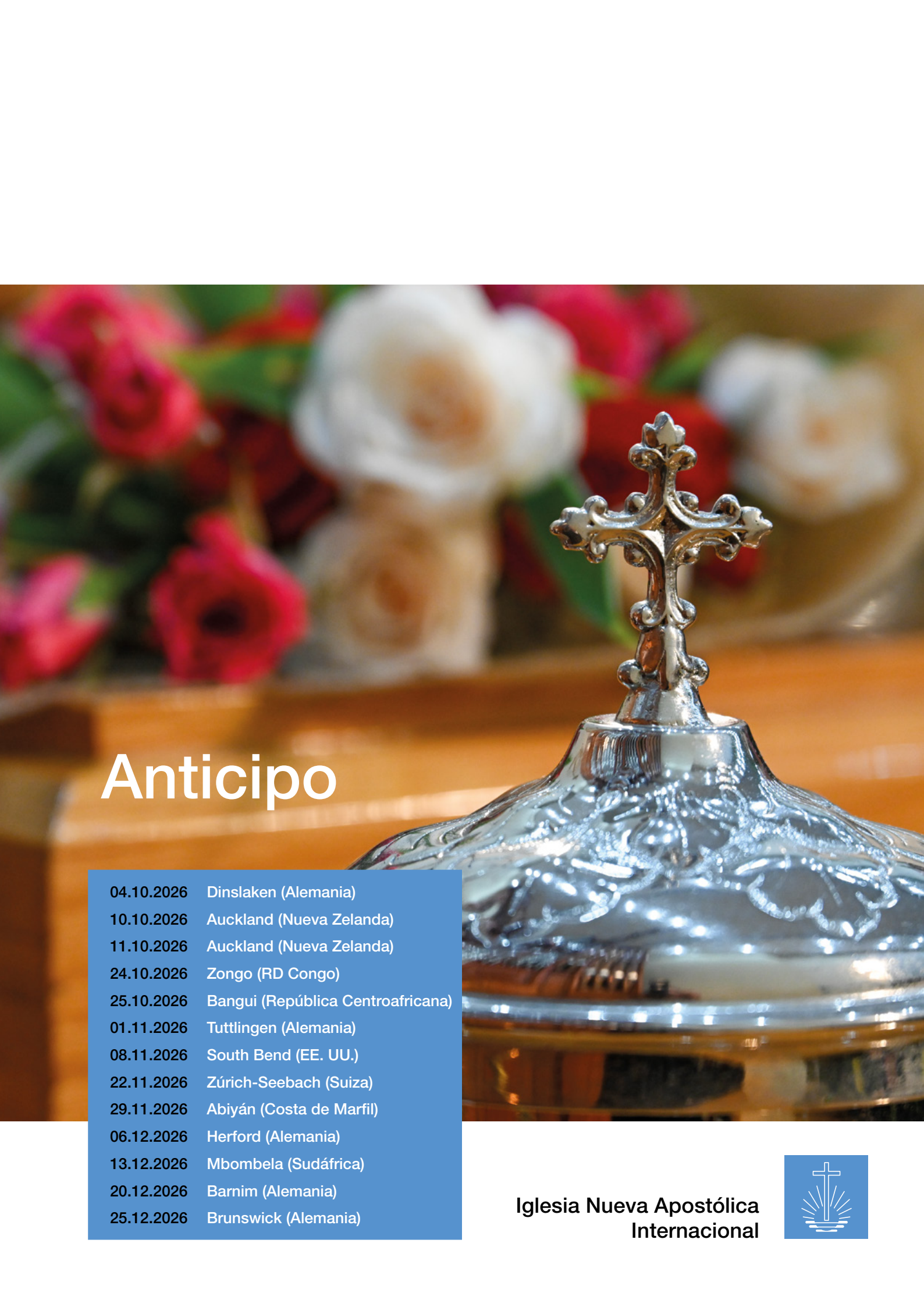
Elegante, rápido y con la cabeza bien alta, el dragón se desliza por el agua. Sobre su espalda van sentadas 16 personas con chalecos salvavidas naranjas. Gritando de alegría, levantan los brazos: han sido los primeros en cruzar la línea de llegada con su barco dragón.

El lago Florida, en Johannesburgo (Sudáfrica), está repleto de gente y de barcos dragón la mañana del sábado 18 de abril de 2026. Como en años anteriores, aquí tiene lugar la regata de barcos dragón, a la que se han presentado un total de 40 equipos de remeros. Con mucha determinación y espíritu de equipo, el grupo juvenil de la comunidad Soweto Emdeni, por ejemplo, se preparó y entrenó para el evento. Además de los veteranos, también se ubica en la salida por primera vez el equipo juvenil “Cape Town Dragons”, de Ciudad del Cabo.

También están presentes el Apóstol de Distrito Peter Lambert, el Ayudante Apóstol de Distrito Patrick Mandla Mkhwanazi, así como los Apóstoles Jerry Joubert, Jan Mabaso, Abrey Page y Gavin Van der Hoven. El Apóstol de Distrito Lambert inaugura el evento con una oración. A lo largo del día, cada vez más espectadores de todas las edades se acercan a este alegre espectáculo: en total, unas 2000 personas. Finalmente, suben al podio el equipo “Fast And Faithful” en tercer lugar, “Zandspruit” en segundo lugar y el ganador de la carrera es el equipo “Cosmo City Soldiers”.



Foto: INA África del Sur



Anticipo

04.10.2026	Dinslaken (Alemania)
10.10.2026	Auckland (Nueva Zelanda)
11.10.2026	Auckland (Nueva Zelanda)
24.10.2026	Zongo (RD Congo)
25.10.2026	Bangui (República Centroafricana)
01.11.2026	Tuttlingen (Alemania)
08.11.2026	South Bend (EE. UU.)
22.11.2026	Zúrich-Seebach (Suiza)
29.11.2026	Abiyán (Costa de Marfil)
06.12.2026	Herford (Alemania)
13.12.2026	Mbombela (Sudáfrica)
20.12.2026	Barnim (Alemania)
25.12.2026	Brunswick (Alemania)

Iglesia Nueva Apostólica
Internacional

